



La interesante descripción o memoria de una ferrería vizcaína de mediados del siglo XVIII traducida del euzkera o vasco, e incluida en la adjunta hoja, se ha entresacado de la antigua obra titulada «El Doctor Peru Abarca, catedrático de la lengua bascongada en la Universidad de Basarte o diálogos entre un rústico solitario bascongado y un barbero callejero llamado Maishu Juan» escrita por el presbítero D. Juan Antonio de Moguel. Este culto sacerdote nació en Eibar (Guipúzcoa) el año 1745 y al igual que el Padre Larramendi, nacido el siglo anterior en Andoain (Guipúzcoa), no solamente se dedicaron ambos con gran cariño al estudio y cultivo de la lengua vascongada, sino que también, familiarizados con los rudos trabajos de las ferrerías de su época, llegaron incluso, a asesorar desinteresadamente algunas de ellas.

Recientemente, Artiñano en su obra «Introducción al estudio del trabajo del hierro en España», refiriéndose a este antiguo trabajo de Moguel, dice lo siguiente:

«Las costumbres y vida de una ferrería desde finales del siglo XVI hasta muy entrado el XVIII, fueron descritas cuidadosamente por D. Juan Antonio de Moguel en su curiosa obra «El Doctor Peru Abarca, Catedrático de la lengua bascongada en la Universidad de Basarte o diálogos entre un rústico solitario bascongado y un barbero callejero llamado Maishu Juan» y hoy gracias a ella, podemos reconstruir toda su complicada trama material y moral, curiosa y llena de misterioso encanto, y al mismo tiempo conservamos el más completo inventario de todo lo que se consideraba necesario a su trabajo y a su vida.»

EL GRABADO REPRESENTA A MAISHU JUAN Y PERU ABARCA DIRIGIENDOSE A LA FERRERIA

Peru Abarca.—Dice Vd. bien. Hemos llegado a la ferrería y tendremos qué ver y de qué hablar.

Maishu Juan.—¡Jesús! ¿Qué clase de gente es ésta? Parece el infierno. ¡Qué fuego y llamas! ¡Qué herramientas y lugares tristes! Estos que veo aquí no tienen figura de hombres. Ni nos dirigen un saludo. No tienen en la cara cosa (de) sin ennegrecer.

Peru Abarca.—Maishu Juan, ¿qué esperaba Vd. hallar aquí? ¿Hombres bien adornados? Miradlos bien de la cabeza a los dedos del pie: no manifiestan ni ojo ni cejas a puro de negras; hermosos son los moros en comparación de estos. Un sombrero seco y reducido a la mitad en la cabeza, un pañuelo cubierto de hollín para recoger el sudor hasta el medio de la frente y aligerar el calor del fuego. Sólo camión atado al cuello. No hay que pedir chaquetas, ni medias, ni abarcas, ni siquiera pantalones. Para echarse a la cama y levantarse no tienen a qué tomarse fatiga.

M. J.—Eso es pues: ¿y de donde son estos hombres?

P.—Bizkainos puros, que en sangre no le deben a Vd. nada.

M. J.—¿Cuántos oficiales son y qué jornal se les dá?

P.—Son cuatro operarios: laminador, dos fundidores y el marmitón. Los jornales no son proporcionados, pero sí bien ganados. El laminador lleva más sueldo o jornal y éste suele llevar, después del jornal diario, propinas (lit. premios de placer). Si se hace mucho hierro, se gana mucho, si no poco. El pobre marmitón lleva los trabajos más duros y fastidiosos y la más corta ganancia.

M. J.—¿Cómo es eso en tierra de cristianos?

P.—¿No ha oído Vd. nunca lo que sucede en los conventos? (lit. casas de frailes). Los frailes jovencitos o novicios (lit. recién entrados), llevan el trabajo más duro. No hay consideración para éstos: hacen sin titubear y por completo lo que se les manda. Así tiene que ser para que sepan a qué han ido. Si en los primeros años se les tratara demasiado blandamente, y sin ver todo el peso en sí mismos, más tarde les pueden decir que quedaron engañados, enseñándoles pan tierno y dándoles pan negro y difícil de comer, hecho con salvado. Así, pues, también los marmitones, siendo recién entrados (en la ferrería); aprenden, por medio de trabajos penosos y poco retribuidos, lo que les espera, y estando pensando en los mejores que vendrán después (lit. en los de después), se les hace fácil, el pasar los trabajos duros y penosos que tienen que sobrellevar. Así, así dicen entre sí mismos, pasaré tres años y aprenderé a trabajar; después entraré de fundidor, me haré hombre capaz de ganar el pan, y así daré cara a los trabajos posteriores con mejor ganancia, porque ya estoy hecho (lit. estoy visto) a (trabajos) más duros. Las plantas jóvenes que han crecido en viveros de tierras flojas, si se las pasa al bosque de tierra sustanciosa, no hay que decir cuánto suelen ganar y qué robustas crecen después, no así si de la tierra fértil las llevan a la tierra seca.

M. J.—¿Qué quieren decir estos nombres: lielea, Urtzailea y Gatzamailea?

P.—lielea quiere decir que hila el hierro. ¿Ha visto Vd. a menudo cómo las hilanderas, envolviendo el lino en la rueca hilan para hacer del pelotón (de lino) un hilo delgado? Pues el hilador de ferrería, al hierro que está redondeado y apelmazado lo adelgaza y podemos decir que lo hila. Por lo tanto, tiene bien puesto el nombre de lielea. En cambio se llama Urtzailea, porque hace derretirse el hierro en el horno. Se le nombra Gatzamailea, porque éste tiene que cuidar el puchero y echar o añadir a éste la sal. Este es como el criado de los otros tres, para hacer todo lo que se le manda, y el laminador es el guardador, instructor y jefe de todos.

M. J.—¿Qué trabajo tiene que hacer cada uno?

P.—El fundidor debe llenar el horno con mineral, echarle el carbón que se necesita y hacer todo lo necesario hasta preparar la masa para sacarla; detener el fuelle, poner candente la pieza accidental y no se puede decir cuántos otros quehaceres tiene en la fragua. Le acompañan

para sacar la bola debajo del fuego el laminador y el marmitón, cada uno con su palanca. Lo sacan del horno al descubierto, pero no sin verter gotas de sudor y sin mucha calor. Lo echan a tierra y aplicándole las tenazas grandes lo llevan debajo del mazo. Allí le añaden un trozo para agarradero y mango. Para que ande el mazo, el laminador da agua con la bomba. Empieza la resonancia, haciendo temblar las paredes y a la misma tierra. Lleva el fundidor la masa debajo del gran martillo a debajo de la viga de donde pende el mazo. Allí empieza otra música que asombra a los oídos no acostumbrados. El laminador con su bomba mueve el mazo con intervalos o amenudo, según quiere, y aumentando o disminuyendo el agua suficiente, le está mirando al fundidor y le enseña lo que hacer, cuando adelantar, cuando atrasar y cuando aproximar el tocho o la bola.

¡Allí si que hay chispas de fuego que van lejos! ¡Allí el soltar y el echar las suciedades, restos y resíduos que se le quedan!

Así, bajo la viga y bajo el mazo adereza la masa el fundidor, la endurece y achica; y cuando es necesario dividirla, la pone el fundidor la azada, y con el golpe que da el mazo-martillo, la divide. Uno de los trozos queda adherido al mango al cual lo llevan de nuevo al horno; y los trabajos de allí en adelante quedan para el laminador, al cual le corresponde laminar el hierro hasta convertirlo (lit. hasta llegar a ser) en barras (de hierro); y mientras tanto le da la bomba al fundidor para que ande el mazo con la rapidez o lentitud que él le manda. Cuando ha acabado el fundidor que ha cuidado el tocho el quehacer que hemos dicho, se va a dormir cuando quiere y toma el segundo fundidor la obligación y el cuidado del otro tocho y trabajos.

El marmitón tiene que desmenuzar o pegar el mineral necesario para todas las masas, unas veces estando de rodillas, otras echado de costado, como se le ocurra. A éste atañe el hacer recados a cualquier parte, y es de verle pasando por caminos descubiertos y a través de las calles con su camisón medio enrojecido y medio ennegrecido, teniendo en la mano o en el hombro un pellejito para llevar vino a los ferrones. Los ojos que están acostumbrados no se escandalizan (lit. se resienten) por ello. ¡Estos sí que ganan verdaderamente el pan que han de comer con el sudor de su frente y de todo su cuerpo! ¿Qué dice Vd., Maishu Juan?

M. J.—¿Qué puedo decirle? Que era de mejor cabeza que yo el que inventó esta ferrería y este trabajo. ¿Y qué beneficio le viene a Bizcaya de estas ferrerías?

P.—¿Eso habría Vd. de preguntar? ¿Qué haría yo de los árboles de mis bosques si no hubiera ferrerías? ¿Ve Vd. tantos bosques tan hermosamente vestidos? Si pasara Vd. a los jaros y montes de toda Bizcaya, no diría Vd. que se puede cortar tanta leña. Para cada hombre ¿cuántos miles de robles, encinas, hayas, castaños? Pues el hacha los poda y el fuego los lleva como por delante. Todos, fuera de algunos pocos que se necesitan en las cocinas, se convierten por decirlo así en hierro e introducen mucha plata y oro. ¿Cuánto no ganan los carboneros? ¿Cuánto los boyeros, llevando carbonés a la ferrería, trayendo el mineral de las renterías, bajando el mismo hierro? ¿Y cuánto los mismos ferrones? Y ¿cuánto les sobra a los dueños de ferrerías, si las cosas andan derechas? No se pierde inútilmente en Bizcaya un palmo de tierra; si no es otra cosa, en el sitio más seco se busca la maleza y se hace el estiércol para abono de la tierra. Puchero que no tenga manteca no producirá carnes crasas y robustas, ni tampoco la tierra (de) sin estiércol, trigo y maíz abundantes.

M. J.—¿Dónde duermen y cuándo estos ferrones? Por lo que veo la ferrería anda noche y día.

P.—El laminador tiene largos intervalos cada vez que se hace el tocho y se le da tiempo para dormir, no siete y ocho horas, pero si (ratos) como de dos horas cada uno. Mientras un fundidor cuida el tocho, unas cuatro horas con poca diferencia, va el otro a dormir. El pobre marmitón, si tiene adelantado el despachurramiento del mineral, anda regularmente; pero como en los intervalos de sacar el tocho tiene que acompañar al fundidor, si tiene que despachurrar el mineral y cuidar del puchero, le anda ligero el sueño.

Venga Vd. conmigo a ver el dormitorio y la cama de éstos. No verá Vd. ni catre ni cama levantada y con patas. Sobre la tierra un jergón con cubiertas sucias y no mejor almohada.

¿Qué le parece a Vd.?

M. J.—Por lo que veo, vida más dura sufren (lit. ven) éstos que un capuchino y cartujo.

P.—Sí en verdad, y con todo no se lo que tiene (lit. lo que es) el ser cada uno dueño de sí mismo y el vivir sin cadenas. Estos hombres no estarían un mes entero metidos en un convento por nada del mundo (lit. por muchas cosas) y tendrían por más dura la vida retirada de un mes que aquí el mal dormir y el duro trabajo de todo el invierno. El lobo prefiere la vida de la selva, la necesidad de buscar el sustento con trabajo, al mío y al pan blanco del perro casero atado con cadena.

M. J.—Pero ¿cómo pueden dormir con el ruido del mazo (que hay) aquí, con la música fúnebre del fuelle y con la luz del fuego esparcida y de vez en cuando apagada? El ruido de un pestillo de la puerta me suele despertar a mí, aun cuando esté en el sueño más profundo y duro.

P.—Maishu: ¿no sabe Vd. que el hombre se hace a todo? ¿No ha oído Vd. que al molinero no le impide el dormir la música monótona (lit. seguida) de la rueda; y que despierta si la música cesa? El ruido del mazo, que pone temblando las paredes, no les hace cosquillas a las orejas de los ferrones que están durmiendo; y ellos se despiertan con un silbido de la boca cuando producen un sonido (lit. cuando pegan la música) los que están en el trabajo.

M. J.—¿Y qué comen?

P.—Mejor puchero que los carboneros. Llenan la tripa con pan remojado y bien untado de grasa cuando se les ocurre, y nunca ha comido Vd. cosa más sabrosa. Se relamería Vd. los dedos y los labios de puro gusto. ¿En dónde se matan los bueyes mejor cebados sino en las ferrerías? Los mismos señores vienen algunas veces a la ferrería, sin más que hacer a remojar el pan en el puchero de éstos y comerlo; y suelen decir que, a pesar de hacer el puchero en sus casas con hermosa cecina y tocino, no pueden comer cosa tan sabrosa; y esto viene, a lo que yo entiendo, porque hierven el puchero de aquí con carbón bien quemado de la fragua, sin llamas, poco a poco, sin rebasar. En el comedor (salón) tienen mesa fácil de ponerse. Se toma el caldo (con) en taza, la carne se parte y se lleva a la boca con los dedos dados por Dios; el agua se bebe con el aceite y esto es vivir muy llanamente y sin pretensiones.

M. J.—¿Y Perú comería Vd. con esos en una mesa?

P.—Sí y sin asco: no tendría empacho, ni mostraría ganas de vomitar, a pesar de ver los camiones negros y manchadas manos de éstos; y me parece que su apetito acrecentaría el mío.

M. J.—¿Y no beben vino?

P.—No diariamente, ni aun menos. El miércoles tienen ocasión de beber a costa del dueño de la ferrería y alguna vez cuando, viniendo (algunos) como ahora Vd. y yo, les dan algo para que beban en su nombre.

M. J.—Eso es decirme que debemos dejar algo para que beban.

P.—Sí, si no queremos que por detrás digan que tenemos corazones enjutos o arrugados, y un hombre noble no quiere oír el nombre de ruin.

M. J.—¿Cuánto les daremos?

P.—Cuando menos cada uno una moneda de diez y seis cuartos o entre los dos una de dos reales, y en dándoles esto ordéneles Vd. todo lo que Vd. quiera.

M. J.—Déles Vd., pues, por los dos y luego nos entenderemos.

P.—Enhorabuena Laminador: Tome Vd. esto en nuestro nombre, para que mojen Vds. esos secos estómagos (lit. vientres).

Lamin.—Muchas gracias: que hagan Vds. otro tanto en muchos años. Ordéneles Vdes. cuanto deseen.

P.—Este mi compañero quisiera ver sacar, aderezar y laminar la masa de hierro. ¿Cuándo estará dispuesta?

Lamin.—Inmediatamente. Que se acerque al agujero del través. Voy a abrir camino a la materia de la escoria que debe salir.

M. J.—¡Jesús! ¿Qué es esto? De aquí va todo el hierro fundido.

P.—No, Maishu Juan: esta es la escoria y suciedad del mineral. Así se limpia el hierro. Como éste es más pesado, queda en el crisol hecho una masa y ha salido la suciedad que le ha rebasado, la cual quedará endurecida y escoriada.

M. J.—¡Cosas de verse són éstas! Habiendo pasado (lit. hecho) tantos años en Bizcaya ¿hubiera estado sin ver estas cosas?

P.—Han detenido los fuelles: ahora verá Vd. una por una todas las cosas que le he manifestado. No es lo mismo ver que oír. Para aprender es más el ver de un abrir y cerrar de ojos que el discurso e insistencia de palabras largas.

M. J.—Con un gran placer y atención seguiré con mis ojos (a) estos admirables trabajos. ¡Ay cuitados y pobres hombres! Yo huyo a lo lejos sin poder aguantar la chispa y el calor de aquella gran masa. Mirad cómo andan luchando con la enorme masa sin poder enderezarla, y junto a ella... ¡Qué ruidos estos! Aún la tierra se mueve en cada golpe... Peru, cabal: lo que Vd. me dijo y lo que he visto. Ya llevo que decir. ¡Oh día bien transcurrido! Diga Vd. ahora al laminador que nos muestre los lugares, herramientas y todas las cosas que hay que ver en (lit. de) esta casa negra.

P.—Laminador: muestre Vd. a este hombre los escondrijos, los trabajos, herramientas y objetos visibles de aquí, y dígame Vd. luego poco a poco y uno por uno todos sus nombres.

El tirador muestra a Maishu Juan todos los instrumentos, máquinas, etc., etc.

M. J.—Buen hombre: dígame Vd. los nombres de los oficiales y así de todas las demás cosas, pues quiero llevarlos escritos en el papel.

Lamin.—Pues he aquí empezando de nosotros todos los demás. (En el original euskérico aparecen unos 70 nombres vascos) como Sute-guia, Gabia, Mazukariaḡ, Tximela, Mallubak, Icatza, Agoa, Ardatz, etc.

M. J.—¿Quién habrá inventado tantos nombres y trabajos?

P.—La necesidad y el tiempo.

M. J.—Está visto lo de aquí y vayamos Peru, si Vd. quiere a su casa.

P.—Dice Vd. bien, pues no está lejos el mediodía, pero, dando las gracias, hagamos a estos hombres los correspondientes saludos.

M. J.—Sí, para que no digan que somos mal-criados. Ea, pues; digamosles a un tiempo... Adios, hombres, muchas gracias por la buena acogida que nos han hecho Vds.; mándenos en cualquier cosa que podamos.

Los oficiales.—A Vdes. las gracias por el dinero que nos han dado. Andén Vdes; bien, hasta otra vez.

P.—Basta de quehacer para la mañana: vayamos a casa sin detenernos en nada y después de comer saldremos a ver otras cosas.

LABORDE HERMANOS, S. A.

FELICES PASCUAS

ANDOAIN, 24 Diciembre 1953